

Adolescentes fuera de control
Las pandillas de los ‘niños bien’ de Bogotá

Redacción Bogotá
Espectador 20 de agosto de 2006

Viernes, 6:30 de la tarde. Un Mazda 3 blanco con vidrios polarizados se estaciona en una esquina del parque de Multicentro, un exclusivo barrio residencial situado cuabras arriba del Centro Comercial Unicentro, en Bogotá. Cinco adolescentes se bajan del carro. Quienes los conocen, saben que esconden revólveres o armas blancas en sus chaquetas Lacoste o Dolce & Gabbana. Para los desprevenidos transeúntes, sólo son hijos de algunos vecinos ricos del sector. Por lo pronto, los muchachos esperan fumando a que llegue el resto del grupo.

A esa misma hora, mientras los dueños de restaurantes como Gato Negro o El Salto del Ángel se preparan para recibir a sus sofisticados clientes, en el centro del Parque de la 93 comienzan a saludarse los miembros de La Sagrada Familia. La mayoría son adolescentes expulsados de prestigiosos colegios bogotanos por problemas de conducta, y ahora están matriculados en instituciones de educación personalizada. Mientras deciden el plan de la noche, calientan motores con una botella de XBuchanan's y apaciguan el frío con cigarrillos XMarlboro.

A pocas cuabras, por las calles de la Zona Rosa, merodean Los de Colina, un grupo de casi 40 muchachos de entre 14 y 25 años, en su mayoría provenientes del sector de La Colina Campestre. Son los principales enemigos de los de Multicentro. Esto significa que también portan armas para protegerse. Puede suceder que, en algún momento de la noche, en alguno de los bares de la zona en donde suelen infiltrarse con cédulas o contraseñas falsas, coincidan con sus rivales. Por eso deben estar preparados para un eventual enfrentamiento.

Pelea tras pelea

Como sucedió el pasado viernes 11 de agosto, antes de la medianoche, en la puerta de Martinica, un concurrido bar ubicado en la carrera 15 con calle 94. El azar provocó un encuentro entre los de Multi y los de Colina. El resultado: varias narices reventadas, incontables golpes y escándalo público. Por suerte ninguno recurrió a las armas de fuego, como ha ocurrido en varias oportunidades en el sector de La Colina Campestre o en parques cercanos a Bulevar Niza y Unicentro.

Ernesto Rodríguez*, vigilante de uno de los conjuntos residenciales de Multicentro, ha sido testigo de incontables peleas: “En los turnos de noche he visto cómo los jóvenes se agreden con puñales o navajas y se amenazan con armas de fuego”. Pero no todos son enfrentamientos espontáneos. “Cada semana se programa una gran pelea que puede realizarse en el parque del conjunto residencial La Colina Campestre o en el de Multicentro. En ocasiones, la presencia de la policía los obliga a desplazarse a parques más pequeños en zonas residenciales como Cedritos”, reveló a El Espectador una joven de 15 años que se considera “protegida” de los de Multi.

Usualmente los contendientes llegan al lugar en donde fue programada la pelea con dos horas de anticipación. Estacionan sus camionetas y vehículos blindados, en los que suelen guardar droga y bates de béisbol, y les suben el volumen a los radios. Mientras esperan pacientemente la llegada

de sus rivales, algunos arman cigarrillos de marihuana o destapan botellas de whisky, generalmente XSello Azul. Otros se aceleran aspirando pequeñas dosis de cocaína.

“Si te haces amigo de los de Multi, tienes respaldo para encargar gorpizas y, en las fiestas, siempre te invitan al mejor trago y a cigarrillos”. “Siempre andan con niñas superlindas que se visten superprovocativas”. “Hay muchos que tienen pistolas y chuzos, pero son muy reservados y nunca nos cuentan de dónde sacan las armas”. “Ellos nunca salen solos, siempre están en grupo porque hay gente que los odia y es peligroso”. “En todos los colegios y universidades saben quiénes son y les tienen respeto”. “Muchos venden droga”. Son algunas descripciones de los propios amigos de los pandilleros.

‘Monedita’

Algunos ya tienen reputación de “héroes” e incluso sus peleas se han convertido en leyenda. Por eso circulan historias de sus victorias entre varias promociones de estudiantes de los colegios del norte de Bogotá. Decirse amigo de El Payaso, Micro, El Gordo o Los Gemelos es símbolo de popularidad y argumento de poder. Sin embargo, Monedita, un muchacho que se inició en las pandillas a los 16 años y ya tiene 25, es hoy quien concentra la atención y respeto de los estudiantes. Su baja estatura no ha sido tropiezo para imponerse.

Cuentan que durante una riña realizada en el barrio La Calleja, situado a espaldas de la clínica Reina Sofía, metió la cabeza de un contrincante entre las rejas de una casa y luego lo golpeó hasta el cansancio. “En el condominio de Peñalisa, cerca de Girardot, fue vetado su ingreso durante un tiempo. Pero en una ocasión eludió la seguridad atravesando el río Sumapaz, que cruza cerca del condominio, y aunque apareció cortado y maltrecho, se escondió en la casa de un amigo y siguió en sus andanzas”, refiere Santiago Carrero*.

Otra prueba de las fechorías de estos agresivos adolescentes son las grabaciones de las nuevas cámaras de seguridad instaladas en las canchas de tenis, la sede social, el campo de golf y las porterías del condominio El Peñón en Girardot. El nuevo sistema de seguridad fue colocado por la administración, precisamente con el propósito de vigilar el comportamiento de estos “belicosos” visitantes. Sus padres son dueños de algunas de las más lujosas casas del exclusivo lugar.

“No digo que en el condominio ya no se presenten inconvenientes con los muchachos, pero creo que se han controlado en gran medida”, aseguró Marco Tulio Gutiérrez, presidente del conjunto residencial. Y agregó: “Creo que la combinación de muchachos, alcohol y carros es muy peligrosa”. Además del sistema del monitoreo, desde la próxima semana cualquier persona que ingrese a El Peñón deberá registrar su huella digital en un sistema electrónico. “Los visitantes que violen alguna norma los declararemos personas no gratas”, aseguró Gutiérrez.

Rectores y autoridades

Mientras la mayoría de los padres de familia desconocen lo que hacen sus hijos en las tardes al volver del colegio, las autoridades y los rectores de algunos planteles han recibido suficientes noticias de estos grupos como para estar preocupados y haber tomado ya algunas medidas para controlarlos. De hecho, El Espectador pudo establecer que los integrantes de estos grupos pertenecen, en su mayoría, a nueve de los colegios más prestigiosos de la ciudad, pero se abstiene de publicar la lista para no estigmatizar a estas instituciones educativas.

Sin embargo, Manuel Samper, rector del colegio Emilio Valenzuela, reconoce que es un fenómeno que está afectando a varios colegios del norte de Bogotá. “Estamos enfrentando el

problema desde diferentes ángulos. Creamos programas de convivencia y estamos trabajando con los estudiantes la resolución de conflictos de manera pacífica”. En las reuniones de la Escuela de Padres de Familia del colegio se ha informado sobre la existencia de estas pandillas “La desintegración de los hogares, sumada a la falta de presencia de los padres en sus casas y a su debilidad para establecer límites a sus hijos, son realidades que alimentan la vinculación de los jóvenes a estos grupos”, añadió Samper. Por eso, en los últimos tiempos el colegio decidió aumentar las actividades de aprovechamiento del tiempo libre.

Entre tanto, Felipe Villar Stein, gerente general del Teaching and Tutoring College, una institución que recibe alumnos con problemas de comportamiento que generalmente han sido desescolarizados de prestigiosos colegios de la ciudad y les ofrece educación personalizada, conoce de cerca la realidad de los adolescentes rebeldes.

Al respecto, opina: “Creo que el problema es de estructura social. Por lo general, los padres de estos adolescentes no comparten tiempo con ellos, por la obligación de trabajar para sostener cierto nivel de vida: viajes, carros, niñeras, fincas. Estos chicos salen del colegio y si no tienen ningún control se salen de la casa. Y el ocio es el peor enemigo a esta edad”.

A su vez, el rector del Gimnasio Campestre, Juan Antonio Casas, quien asegura que nunca ha tenido conocimiento de la existencia de estos grupos ni de la participación de alguno de sus alumnos en ellos, sostiene que “por lo general estas conductas se generan porque estos niños tienen acceso a bienes materiales, pero poca compañía de sus padres”.

Aunque los padres de familia del Emilio Valenzuela se mostraron sorprendidos con la advertencia que les hizo el rector, algunas de las jóvenes que conocen de cerca a estos adolescentes aseguran que muchos de los padres de familia sí saben del comportamiento de sus hijos, pero habitualmente “las mamás no les dicen nada y sólo los castigan cuando son demandados”.

La comandante de la Policía de Menores, capitán Ángela Cendales, asegura no haber escuchado nunca sobre estas pandillas. Sin embargo, precisamente las recurrentes quejas de los residentes del sector de Multicentro terminaron por convencer a las autoridades policiales sobre la necesidad de instalar cámaras de seguridad alrededor del parque que hoy sirve de punto de encuentro a Los de Multi.

Y no propiamente para ahuyentar delincuentes o eventuales expendedores de droga, sino para controlar a los principales usuarios del parque y otros visitantes noctámbulos, todos ellos adolescentes pero de distintos bandos, que quieren revivir viejos episodios de pandilleros de los años 70 y 80 y que extrañamente, entre los más jóvenes, decidieron unirse bajo un sugestivo nombre: La Sagrada Familia.

* Nombres cambiados por seguridad.

Reacciones Rectores

Felipe Villar / Gerente del Teaching and Tutoring Collegue

“En general los papás dicen que prefieren una relación buena con sus hijos antes que imponerles disciplina en el tema académico y le transfieren esta responsabilidad al colegio. Cuando hablas de estrato 5 y 6, donde muchos adolescentes tienen en sus manos más de \$100.000 pesos para el fin de semana, el problema es crítico porque eso los acerca con facilidad a las drogas y alcohol”.

Jaime Leal / Rector Colegio José Joaquín Casas

“Las autoridades deberían comunicarse con las familias y los colegios cuando encuentren a los niños realizando comportamientos indebidos para de esta forma tomar medidas. Si tienen tareas y están ocupados se evita que salgan a la calle y hagan parte de estas pandillas”.

Juan Antonio Casas / Rector Gimnasio Campestre

“Desconozco la vinculación de alumnos del Campestre a estos grupos. A veces se crean mitos urbanos y realidades que no existen. Lo cierto es que existen problemáticas que no tienen que comparten todos los estratos sociales”.

Manuel Samper / Rector Colegio Emilio Valenzuela

“Como educador pienso que se debe trabajar con más fortaleza en la formación de los estudiantes y no tanto contenidos. Los colegios se deben medir por la calidad de sus estudiantes y no por los resultados del ICFES”.